



# Artículos

## Diversidad Religiosa en el Sudeste Asiático: Alcance de sus desafíos socio-políticos

*Ezequiel Rodrigo Ramoneda*

La región del Sudeste Asiático se caracteriza por la diversidad. A los países integrantes de la misma se los puede diferenciar por sus particularidades geográficas, (siendo algunos continentales, como Tailandia o Vietnam, y otros formando parte de archipiélagos, como Indonesia o Filipinas); por sus particularidades políticas, (tienen algunos regímenes monárquicos parlamentarios, como Malasia o Camboya, y otros republicanos como Vietnam o Filipinas); y por su gran diversidad étnica y religiosa, arraigada tanto dentro de cada uno de los países, como también entre los mismos.

Para entender la diversidad religiosa y los desafíos que esta representa, hay que tener presente el propio desarrollo histórico de los pueblos de la región, especialmente los procesos de influencia de grandes civilizaciones mundiales. Los pueblos del Sudeste Asiático estuvieron conectados al mundo por las rutas comerciales, especialmente las marítimas, que los vinculaban con los reinos/imperios chinos e indios, y más allá con del Medio Oriente y el Mediterráneo Europeo, y a su vez lo suficientemente aislados por las barreras geográficas, especialmente montañosas, que les concedieron cierto grado de protección e independencia.

Entre los rasgos primigenios de los pueblos del Sudeste, anteriores al contacto con otras civilizaciones se destacan: el chamanismo, la magia, la creencia en los espíritus, el culto a la fertilidad y a los antepasados, y la importancia de la montaña como lugar sagrado, entre otros. Esos elementos pervivieron a la llegada de nuevas ideas y creencias provenientes de grandes civilizaciones, de hecho, se fueron adaptando a las mismas llegando hasta nuestros días. Posteriormente sobre el sustrato religioso de los pueblos autóctonos de la región, empezaron a incorporarse ideas y creencias foráneas a partir del arribo de comerciantes provenientes de los grandes reinos de la India y China. Esos comerciantes se dedicaban a comerciar bienes suntuosos y exóticos, entraban en negociaciones con los líderes locales, y compartían, entre otros elementos, sus creencias (aunque de una manera no dogmática al no ser eruditos versados en sus sistemas de creencias y rituales). No es posible precisar una fecha cierta del inicio del sincretismo y la asimilación, no obstante, entrado el s. I d.n.e., ya se hace manifiesto ese proceso que se puede apreciar a partir de la evidencia artística y arquitectónica producto de la conversión de jefaturas locales devenidas en reinos.

Así se debe destacar la influencia de la India, mejor conocida como la indianización del Sudeste, proceso que se caracterizó por ser pacífico y que se desarrolló a partir de la infiltración comercial y el asentamiento

progresivo. Las grandes religiones de la India, el hinduismo y el budismo, llegaron, y junto con ellas arribaron nociones religiosas más complejas como: el concepto del deva-rajá o rey-dios, la importancia del monte Meru como eje del mundo, el ordenamiento mandálico de las relaciones políticas de vasallaje, además de la escritura entre otros elementos. Es importante considerar que esa influencia no fue homogénea, ya que entre los siglos II y IV d.n.e. fueron las vertientes Shivaista del hinduismo y Mahayana del budismo las que primero llegaron a la región, pero luego a partir de los siglos XI y XII empezó a consolidarse la versión Theravada del budismo (peyorativamente conocida como Hinayana), la cual terminó arraigando ampliamente. En la actualidad la mayoría de la población de Myanmar, Tailandia, Laos y Camboya profesa esa versión del budismo.

Además, hay que considerar la influencia del Imperio chino, mejor conocida como el proceso de sinificación de la región. China, autodefinida como el 'País del Centro', consideraba que su civilización era superior a la de los pueblos circundantes, a los que denominaba bárbaros. De aquí que no había un interés de intercambio cultural. El esplendor de la corte china irradiaba sobre los gobernantes de los pueblos de la región quienes enviaban misiones tributarias a aquella para obtener el reconocimiento y, por lo tanto, la legitimidad política por parte del emperador chino. En ese caso, fue mediante la conquista y el control militar que los pueblos experimentaron la influencia de la civilización china al ser incorporado dentro del Imperio. De esa manera los procedimientos burocráticos-administrativos, la vertiente Mahayana del budismo con impronta china, además del idioma, se transfirieron a aquellos pueblos incorporados dentro de la esfera de influencia del Imperio Chino, particularmente en el Sudeste Asiático continental, destacándose muy particularmente la población de Vietnam.

Entrado el siglo XI llegaría una nueva tradición a la región, el Islam. Nuevamente en el proceso de islamización de los pueblos fue clave la intermediación de los comerciantes provenientes de la península arábiga y el Medio Oriente. Lo que superficialmente podría implicar un choque de creencias, al llegar nociones monoteístas en un contexto ya arraigado de politeísmo, no fue tal. El proceso de islamización fue pacífico, debido en gran parte a la versión de la religión musulmana que llegó, permeada por su paso por Medio Oriente, Persia y la India, de ideas esotéricas que sintonizaron con las concepciones religiosas hindú-budistas locales. Desde entonces el Islam desplazó a las creencias hindú-budistas como creencias hegemónicas, aunque no eliminándolas, en la península malaya y en el archipiélago indonesio. En la actualidad la mayoría de la población de Malasia, Indonesia y Brunei, además de las del sur de Tailandia y Filipinas, profesan el Islam.

Finalmente, el último proceso a destacar es el de la occidentalización. Fue la llegada de los europeos a principios del siglo XVI la que implicaría realmente un quiebre en la mentalidad y en las creencias de los pueblos del Sudeste Asiático. Los portugueses en 1511 y los españoles en 1521 fueron los primeros en llegar. La llegada de los portugueses por el oeste fue dramática al entrar en guerra con uno de los principales reinos islámicos de la región, el Sultanato de Malaca en la península malaya, aunque su presencia se eclipsó rápidamente por la posterior competencia con otras potencias europeas, especialmente con Holanda. Los portugueses solo lograron mantener un bastión en Timor, en el archipiélago de Indonesia, hasta avanzado el siglo XX. Por otro lado, la llegada de los españoles por el Este fue exitosa al no tener que enfrentar a ningún gran poder local. El archipiélago filipino fue el menos afectado por los procesos de indianización, sinificación e islamización (salvo este último en el sur), por lo que los españoles pudieron arraigarse rápidamente e incorporaron a Filipinas al Imperio español gracias al sistema de rutas comerciales por el océano Pacífico con el conocido Galeón de Manila como parte del Virreinato de Nueva España con centro en México. En la actualidad gran parte de la población de Filipinas profesa el cristianismo, mayoritariamente en su vertiente católica, a diferencia de la parte continental del Sudeste donde es minoría.

Pero, más que el cristianismo propiamente, fue la mentalidad sociopolítica europea la que marcó un quiebre en las creencias de los pueblos de la región a partir del fin del siglo XVIII, y muy particularmente en el siglo XIX. Sistemas de gobiernos basados en la concepción del gobernante absoluto divino, o con legitimación divina, debieron reciclarse e incorporar la noción de la legitimidad popular; un sistema de leyes caracterizado por la división por status, y el personalismo fue reemplazado por una concepción donde primaba

la igualdad del individuo y la racionalidad impersonal; un entendimiento de la realidad basado en la creencia del eje del mundo manifestado en el Monte Meru, se desplomó por el establecimiento de una arquitectura astronómica basada en un sistema heliocéntrico y un mundo dividido en países expresados en mapas. Los fundamentos de los sistemas de creencias de los pueblos de la región, sistemas en los cuales se basaba el entendimiento del mundo, y en los cuales los gobernantes eran pieza central, fueron corroídos y transformados por las nuevas ideas occidentales. Esto último en un contexto de debilidad de los grandes referentes de civilizaciones de la región, India y China, que habían caído frente a la superioridad material occidental en esa época, mientras China sufría los embates fulminantes de las potencias occidentales, India quedaba bajo el sistema colonial.

Así para fines del siglo XIX, las potencias europeas habían colonizado gran parte de la región del Sudeste Asiático. Con excepción de Tailandia que logró mantener su independencia, Inglaterra colonizó lo que actualmente es: Myanmar, Malasia, Singapur y Brunei; Holanda colonizó la actual Indonesia, Francia colonizó los actuales: Laos, Camboya y Vietnam; y Estados Unidos, tras la guerra con España, colonizó Filipinas. Dominios coloniales que duraron hasta terminada la Segunda Guerra Mundial, habiendo sido desplazadas por el Imperio japonés en una avanzada relámpago marítimo-aérea a fines del año 1941, (aprovechando el descuido de atención de aquellas sobre sus territorios coloniales al estar volcadas en los acontecimientos europeos) a la vez fomentó el nacionalismo en los pueblos colonizados de la región que se organizaron en guerrillas anti japonesas. Fueron los movimientos nacionalistas, conformados bajo el yugo colonial europeo y madurado bajo la experiencia de la opresión japonesa, los encargados de llevar a la independencia a los pueblos de la región. Proceso de independencia que en algunos casos fue pacífico, como en las colonias inglesas o estadounidense, y en otros violento como en las colonias francesas y holandesa, pero indefectibles al fin.

No sólo la resistencia nacional de los pueblos del Sudeste Asiático se había consolidado, sino que también las potencias europeas habían perdido su prestigio y la capacidad de imponer su voluntad en un nuevo escenario mundial liderado por las dos superpotencias surgidas al finalizar la Segunda Guerra Mundial: Estados Unidos y la Unión Soviética. Así los procesos de descolonización se interrelacionaron, en tanto ámbitos calientes, con el contexto de la Guerra Fría. En el nuevo contexto de la Guerra Fría, surgieron los nuevos Estados-Nación en la región del Sudeste Asiático. Nuevos Estados que desde los primeros momentos debieron lidiar, entre otras cuestiones, con la diversidad religiosa, ya que la misma constituía un factor que podría potenciar o realmente amenazar la integridad territorial, el orden social interno, la centralización del poder y la identidad nacional. Sumado al hecho de la importancia que tiene la necesidad de comprender el papel que jugaron en el proceso de independencia de la región el budismo y el islam, como instituciones religioso-culturales que lideraron los procesos nacionalistas para superar el período colonial, aspecto que fortaleció el papel de esas religiones como centros de educación, formación y preservación de una identidad nacional.

Para la nueva dirigencia era necesario tener un entendimiento de las realidades religiosas como también elaborar estrategias y políticas para contener y administrar esa diversidad dentro del marco del Estado. Se desarrollaron políticas de identificación nacional a partir de eslóganes, donde se menciona la creencia en una única divinidad o la importancia de la religión, pero sin especificar una en particular. En casos como los de Indonesia, Malasia o Filipinas, al ser Estados constituidos por archipiélagos que cuentan con islas o regiones con una marcada preponderancia de una minoría religiosa en un país con una mayoría religiosa diferente, se complejiza el manejo de las políticas en la búsqueda de identidad nacional pretendiendo no excluir a grupos que son potenciales focos de conflictos separatistas.

El escenario actual en la región es muy complejo e interesante ya que constituye una zona de alta densidad de población en la que existen actualmente once Estados-Nación donde tradicionalmente existieron diversos reinos y sultanatos con diferentes fronteras que fueron forzados a transformarse bajo el proceso colonial occidental que definió en gran medida el actual mapa regional. Ante esta situación es paradójico que a la región se la considere como un bloque regional cuando realmente se discute en qué medida puede ser

estudiada como una unidad, existiendo la referida diversidad étnica, religiosa, lingüística, geográfica y económica que determina una heterogeneidad esencial. Sin embargo, y a pesar de lo planteado, es innegable que muchos procesos de su historia antigua y reciente la constituyen en una región de procesos similares y que actualmente a pesar de los conflictos complejos que enfrenta por tensiones entre etnias que han derivado en conflictos armados de carácter separatista, se viene impulsando, desde mediados del siglo XX, una interesante política de integración regional.

En ese sentido se pueden destacar varias organizaciones surgidas en el siglo XX (algunas con alcances extra regionales) que impulsaron alianzas regionales. Dentro de esa lógica podemos referirnos a algunas que no se mantuvieron en el tiempo pero que iniciaron ese proceso, siendo importante destacar a la SEATO (Organización del Tratado del Sudeste de Asia), cuyos objetivos fueron fundamentalmente defensivos y que surgió del Tratado de Defensa Colectiva del Asia Sur Oriental, conocido como el Pacto de Manila, (8 de septiembre de 1954, constituida por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Filipinas, Tailandia y Pakistán), que desde 1975 experimentó su disolución gradual luego del retiro de los Estados Unidos tras el fin de la guerra de Vietnam. También vale considerar a la COMECOM (Comité de Ayuda Mutua Económica), creada por la Unión Soviética en 1949, en la que participaron Vietnam como miembro pleno y Laos como observador, con el objeto de contribuir al desarrollo de la economía y la industria, y promover el bienestar de los pueblos entre los países socialistas, dejó de funcionar en 1991 tras la caída del bloque socialista.

Posteriormente se crearon otras que no solo existen hoy sino que se fortalecieron en el tiempo y se ampliaron a todos los países de la región, destacándose el Movimiento de Países no Alineados (MPNA) cuyo antecedente más directo fue la Conferencia de Bandung en Indonesia en abril de 1955 y su primera reunión en la Conferencia de Belgrado en Yugoslavia en septiembre de 1961. El MPNA tenía la finalidad principal de conservar la posición neutral de sus miembros y no aliarse a ninguna de las superpotencias de la era de la Guerra Fría con el interés común de: consolidar las independencias y soberanías logradas, defender de la cultura, desarrollar la cooperación mutua y el bienestar económico, junto a un fuerte compromiso por la paz y en contra del imperialismo y de las armas de destrucción masivas. El movimiento pasó de 25 miembros iniciales, entre los que se encontraba Indonesia, a 120 en la actualidad siendo miembros todos los países del Sudeste Asiático. Pero la organización regional más importantes es la ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático), creada el 8 de agosto de 1967, cuyos principales objetivos estaban dirigidos a acelerar el crecimiento económico y fomentar la paz y la estabilidad regionales, inicialmente con cinco miembros: Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia, a los que se sumaron posteriormente Brunei en 1984, Vietnam en 1995, Laos y Myanmar en 1997, y finalmente Camboya en 1999, siendo hoy Timor Oriental un país candidato a unirse.

Actualmente esta asociación es considerada una de las más exitosas de su tipo a nivel mundial y ha logrado una interesante convergencia de intereses dentro la absoluta diversidad de sus países miembros. En el ámbito de la ASEAN la región ha logrado coordinar políticas económicas de alta eficacia, se ha constituido en un ámbito de resolución de conflictos entre los países miembros, y es un espacio en el que se trabaja para construir un frente de defensa regional.

La ASEAN además ha logrado articular relaciones económicas y estratégicas con otros países de la región del Asia Pacífico a través de: ASEAN + 3 (con China, Japón y la República de Corea); ASEAN + 6 (con China, Japón, República de Corea, India, Australia y Nueva Zelanda); la Cumbre de Asia del Este, (con China, Japón, la República de Corea, Australia, Nueva Zelanda, India, Estados Unidos y Rusia); y el Foro Regional ASEAN, (con China, Japón, República Democrática Popular de Corea, la República de Corea, Mongolia, Papúa Nueva Guinea, Timor Oriental, India, Sri Lanka, Bangladesh, Pakistán, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Canadá, Rusia y la Unión Europea). Ha logrado también un acuerdo de libre comercio con China (desde 2010 lo que la ha convertido en la mayor zona de libre comercio en términos de población, y la tercera más grande en términos de volumen); y la entrada en vigor, en enero de 2016, del mercado único entre los diez países miembros, conformado por más de 600 millones de habitantes, que permitirá la circulación libre de

bienes, capitales y mano de obra, para integrar a sus diez economías que suman un PIB de más de 2,5 billones de dólares.

Ante semejante poder de coordinación regional y los logros en el ámbito del consenso, el debate sobre las complejidades de la diversidad está centradas muy particularmente en los retos que implican los conflictos religiosos latentes en la región. Tensiones como las existentes en las islas del sur de Filipinas de mayoría musulmana que aspiran a una independencia del país con mayoría cristiana, las de Myanmar con grupos étnicos y religiosos en conflictos como los protagonizados por las etnias Karen tradicionalmente cristianos o los Rohingya musulmanes, los grupos musulmanes separatistas del sur de Tailandia, o los conflictos en Indonesia con los movimientos separatistas de las regiones de Papúa y Aceh entre otros, sumados a los atentados con bomba sufridos por este país en Bali en 2002, en Yakarta en 2009 y en 2016, encienden las alarmas en la región.

En el actual contexto mundial de lucha antiterrorista, la región a través de la ASEAN, ha acordado cooperar entre sus miembros compartiendo información de inteligencia sobre actividades de elementos radicalizados y grupos separatistas a pesar de haber mantenido siempre una política de cooperación pero de no injerencia en asuntos internos.

No obstante, las tensiones mencionadas, nos parece importante destacar que las comunidades musulmanas de la región han logrado un alto grado de armonía interétnica e interreligiosa en general, y han convivido armónicamente con budistas, cristianos y otros grupos, siendo una realidad que los movimientos militantes musulmanes no han sido la norma.

Es destacable en la región, más allá de su diversidad, la convivencia armónica lograda dentro de dicha diversidad, la existencia de patrimonios culturales tanto del hinduismo, del budismo como del Islam, que son explotados turísticamente y mantenidos por los diferentes gobiernos más allá de la mayoría religiosa que tengan, sin que se sucedieran hechos de destrucciones o enfrentamientos religiosos de magnitud.

Consideramos que aunque el tema de la diversidad religiosa es un conflicto latente en la región, está en manos de sus Estados lograr articular políticas que no recurran a la politización de la etnicidad y la religión para evitar aumentar dichos conflictos. Las tensiones secesionistas han acudido a los conceptos de etnia y religión para definir tanto al país como al grupo, constituyéndose en dimensiones identitarias que deben ser hábilmente canalizadas para lograr que el desarrollo espectacular de sus países continúe, y lograr la convivencia armónica que ha caracterizado al Sudeste Asiático a pesar de las diversas interferencias y de los conflictos actuales del mundo globalizado.

*Documento publicado en conjunto con la Lic. Maya Alvisa de la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador en la revista Voces en el Fénix intitulada "La Ruta de la Seda", Año 7, Núm. 56, de julio de 2016, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.*